

existencia de la pérdida de la criatura a la que estamos íntimamente vinculados. Significa una auténtica pérdida de ser.

Por tal manera no es arrebatado al mundo sólo un miembro, por importante y valioso que sea: el mundo mismo es modificado. El mundo mismo se empobrece y él, al mismo tiempo, el hombre a este mundo subordinado. El que sobrevive no habita ya del mismo modo en su mundo. Y en su fragilidad nos ofrece tan conmovedora visión.

Para comprender todo esto será lo mejor ayudarse con la idea desarrollada por Binswanger, con tan honda penetración, sobre el espacio de la convivencia bajo el signo del amor: En la convivencia amorosa no se reducen los seres humanos recíprocamente, en modo alguno, robándose el espacio, todo lo contrario: se crean mutuamente un espacio, "se engendran", para hablar con Rilke, "sin pausa, espacio, amplitud y libertad". Es un espacio común en el que viven juntos. No sólo vale esto para el amor conyugal, aunque aquí se manifieste en la forma más clara, sino para toda forma de amistad. No se trata únicamente de un sentimiento que se basta a sí mismo, ya que la vinculación alcanza más allá activamente y crea un mundo de vida común, de acción y planes comunes.

Si se considera esto se comprende lo que acaece cuando muere una de las partes. Pues el proceso inverso sobreviene entonces: la vida edificada en común se derrumba. El campo de acción es reducido al quedar malparada, con la posibilidad de la colaboración, la posibilidad de trabajo del que sobrevive. Y esto vale, no sólo en el sentido práctico inmediato de la actividad en el mundo, sino en el comportamiento intuitivo y sensitivo. Pues toda alegría necesita quien la comparta y toda comprensión y todo entendimiento requieren la participación de otro ser que los acoja y comprenda. Queda así reducido el ámbito del mundo concreto de la expe-

riencia. Las propias posibilidades de la vida y la vivencia se encogen, se empequeñecen. La habitabilidad del mundo se desploma, como en forma tan estremecedora lo ha demostrado Minkowski. El que sobrevive no habita ya en su mundo en el sentido en que el habitar constituye una honda determinación esencial del hombre como el verdadero modo de su arraigar en el mundo. Ha perdido su firme posición. El mundo en torno se ha vuelto para él inhabitable, yermo, vacío. Pero no es un vacío que signifique precisamente ampliación de su espacio vital, ya que le roba posibilidades y significa con ello estrechamiento, reducción. El hombre no encuentra ya nada a qué asirse. Por tal manera, el vacío se derrumba sobre él. Se ha vuelto solitario, lo que equivale a mermado privado de mundo.

Por eso la muerte del prójimo al que estamos vinculado estrechamente constituye realmente una "pérdida de ser". No pérdida de la propia vida de modo inmediato, sino pérdida de vida propia, de la propia substancia. El hombre se encoge, se "arruga", con la muerte del próximo a su intimidad, cuya muerte, en tal sentido, es ya, un poco, el propio morir. "No es él, soy yo quien ha muerto", así oímos, alguna vez, expresar este dolor. El estado en que se encuentra el que sobrevive es, en realidad, un modo de estar muerto.

De aquí el conmovedor destino de aquellos que, en avanzada edad, quedan solos. Han muerto todos sus amigos. No significa esto simplemente que con cada nueva muerte se le recuerde el propio fin. Significa, con un más hondo sentido, que el mundo en que han vivido se va desvaneciendo. Se ven más despojados de mundo con cada nueva muerte. Se desvanecen ellos mismos en el morir de los demás. De donde la infinita melancolía de estos solitarios, de estos desolados viejos. En torno suyo el mundo se desvanece. No puede establecer nuevos vínculos, y con ellos nuevas posibilidades de vida. Y si aún tienen un asidero, es algo ya desprendido de todos los vínculos terrenales.

FARMACOMANIA

El uso de somníferos y otros sedantes ha llegado a convertirse en un serio peligro para la salud del pueblo. En una asamblea celebrada en Londres, el Dr. Daniel Thomson, director del Servicio Nacional de Salud, calificó de alarmante la situación a que se ha llegado. Durante el pasado año en Inglaterra y Gales fueron recetadas por los médicos más de 800 millones de tabletas de somníferos, 350 millones de píldoras de sedantes y 250 millones de comprimidos de estimulantes. Como sin duda

una gran cantidad es consumida sin receta médica, el uso real de estas drogas apenas puede ya calcularse. Que en otros países la situación no presenta una fisonomía más favorable, queda demostrado por el hecho de que en Nueva York de cada dos hoteles uno suministra gratuitamente a sus huéspedes dos tabletas de somníferos por noche. Algunos hoteles son abastecidos por la industria con "pruebas" de somníferos. Bastará sólo que el médico del hotel autorice su uso en cada caso. Dos grandes hoteles incluyen entre sus servicios una verdadera farmacia confiada a la administración de dos farmacéuticos o farmacéuticas.